



Trage que usaban los españoles.



Trage que queria introducir Esquilache.

MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO I.

El reinado de Cárlos III tan benéfico para España, tan propicio á las artes de la paz, y en todo género de glorias tan fecundo y memorable, no dejó de experimentar, sobre todo en sus principios, contrariedades y borrascas que sobresaltando el ánimo de aquel rey, fueron causa de que en lo sucesivo procediera á veces con mas rigor del que á su bondadosa indole convenia. Uno de los acaecimientos mas curiosos de este tiempo, fué el que sirve de epígrafe al presente artículo, la conmocion del pueblo madrileño el año 1766: mas como quiera que las causas que la produjeron solo pueden deducirse de conjeturas mas ó menos fundadas, tendremos que apuntar antes algunos pormenores que guardan cierta conexion con el asunto, aunque para ello sea preciso retroceder á época mas distante.

Muerto Fernando VI sin sucesion en 1759, pasó la corona de España á su hermano Cárlos, soberano de las Dos Sicilias. Nuestra nacion podia compararse entonces á las mas florecientes: las ciencias y las artes, el comercio y la agricultura, cuantos elementos constituyen el poder y la dicha de un estado, habian recibido prodigioso acrecentamiento, y mientras cundia por la Europa toda el incendio de la guerra, mientras Francia se lamentaba de las derrotas de sus ejércitos, del destrozo de sus naves y de la pérdida de importantes posesiones arrebatadas en Quebec por la prepotencia inglesa, reposábamos nosotros entre las dulzuras de la paz, y sufraban sin zozobra alguna los mares cuarenta y nueve navios y veinte y una fragatas con que contaba á la sazón nuestra marina. Tan lisonjeros resultados se debian principalmente al bello sistema de neutralidad planteado y sostenido con invencible teson por el buen Fernando; príncipe moderado, prudente y justo, que logró comunicar á la nacion el sosiego en que vivia, redimir la

de los quebrantos padecidos, y merecer el renombre de padre de sus vasallos.

Cuán grande fuese el sentimiento de estos por tan temprana pérdida, no es menester encarecerlo; pero se aumentaba su tristeza á medida que el temor, nuncio siempre de desastres, iba ganando los ánimos, y representándoles entre confusos nublados el cuadro de lo futuro. Recordaban uno á uno los beneficios de que eran deudores á aquel monarca; contemplaban embebecidos los monumentos artísticos que legó á la posteridad su munificencia, y hacian partícipes de sus elogios al fiel ministro Carbajal y al célebre marqués de la Ensenada; al primero porque habia fallecido sin desmerecer del favor de su soberano, y al segundo porque vivia aun tolerando la amargura de su desgracia. Pasando luego á consideraciones mas profundas, examinaban el gran principio en que cimentó Fernando la política de su gobierno, el de la mas estricta neutralidad, y no hallaban elogios bastantes con que ensalzarlo; pues decian que si la Francia hallando infructuosas todas sus tentativas, procuró una vez introducirse en el sagrado de su conciencia, supo responderla dignamente deponiendo á su director espiritual el padre Rábago, y que si Mister Keen, el embajador inglés, tocó para ponerle de su parte cuantos resortes le sugirió su astucia, tampoco recibió mas que desaires; de suerte que en la actual contienda que tenia divididos los esfuerzos é intereses de las demas naciones, solo España aparecia independiente y noble.

Por último, descendiendo al punto principal en que ahora se ocupaban, cada cual aducia sus razones para venir á demostrar que el nuevo rey emprenderia diverso rumbo. Quién sostenia que la inaccion que le obligó á observar como rey de Nápoles en 1742 la escuadra inglesa del Mediterráneo, le habia infundido un odio mortal á la Gran Bretaña; quién por el contrario afirmaba que á consecuencia del servicio que le prestó mas adelante el ministro inglés Pitt, descubriéndole el plan fraguado para arrebatarle la corona de España, se habia convertido á favor de aquella potencia y enemistándose con los Borbones: y los mas repu-

1.º DE JULIO DE 1849.

taban como siniestro agüero el desprecio con que trató á su buen hermano cuando no solo se negó á acceder al tratado de alianza de Italia, sino que seducido indudablemente por las lisonjas de la corte francesa, prefirió su union á las ventajas que la de España le prometia.

Suele ser el pueblo muy sagaz en escudriñar los secretos del porvenir, mas tambien se manifiesta escésivamente obstinado en sus opiniones, dejándose llevar casi siempre del instinto de la costumbre. Así en el presente caso creia cifrada la felicidad de España en la persona de Fernando VI, y su ciega adhesión á este monarca le preocupaba de antemano contra la conducta de su sucesor.

Puestas en órden las cosas de Nápoles, y arreglada la sucesión de su corona, dióse á la vela Carlos III para España y desembarcó sin contratiempo alguno en el puerto de Barcelona. Allí restituyó á los catalanes algunos de los fueros suprimidos por Felipe V, y queriendo dejar memoria durante de su advenimiento, hizo merced á los naturales del Principado y á los pueblos de Aragón y de Castilla del descubierto en que se hallaban en el pago de contribuciones. Llegado que hubo á la corte, se enteró prolijamente de la situación del reino, examinó las personas que le rodeaban y alzó el destierro al marqués de la Ensenada, permitiéndole fijar en Madrid su residencia. Con estas generosidades pretendia captarse desde luego el afecto de sus vasallos.

No eran estos insensibles á los favores del buen monarca, mas tampoco daban enteramente de mano á sus recelos, antes bien los concibieron mayores al ver que por colocar en el ministerio de Hacienda al marqués de Squilache ó Esquilache, como decimos nosotros, napolitano de nación y muy querido del rey, se exoneraba de aquel empleo al conde de Valparaíso. Esto bastó para que comenzasen á correr entre el bulgo habillitas y murmuraciones, y para que se cobrase á la persona del marqués mayor ojeriza que á ningún otro, porque el pueblo español no quiere ver extranjeros en sus destinos, vengándose así de ellos por el injusto desprecio con que le tratan.

Ciertamente militaban en favor de esta resolución razones de mucha fuerza, y á falta de otras bastaba la de que para cargos de esta especie debe valerse el poder de personas de su confianza; y claro es que el nuevo soberano no conociendo á Valparaíso, naturalmente debía inclinarse al lado del extranjero. Por esta vez sin embargo reprimieron los ánimos su disgusto, aguardando á que nuevos sucesos justificaran sus sospechas ó desarmasen su oculto enojo; mas por desgracia los que fueron sobreviniendo, dado que muchos de ellos se juzgaban inconsideradamente, parece que concurrieron á concitar de propósito las pasiones.

El primero y principal tuvo lugar en el siguiente año, y es célebre en la historia con el nombre de *pacto de familia*. Era una alianza ofensiva y defensiva entre España, Francia y las Dos Sicilias, en virtud de la cual formaban causa comun estas potencias y prometían rechazar la agresión que experimentasen de cualquiera otra. Carlos se dejó llevar demasiado en esta ocasion del afecto que á su familia profesaba, pues por mas naturales y necesarios que sean siempre los vínculos de las dos naciones que divide el Pirineo, por mas temores que inspirase la ambición inglesa respecto á nuestros dominios de América, á la sazón semejante pacto equivalia á una declaración de guerra, y la guerra ninguna ventaja podia proporcionarnos, cuando por el contrario eran tantas y tan palpables las que de la pacífica neutralidad nos resultaban. La consecuencia inmediata de esta resolución era que ó provocásemos ó fuésemos provocados á la lid con la Gran Bretaña; y en efecto, á poco tiempo viéronse en grave riesgo los galeones del Nuevo Mundo con los tesoros que conducian á nuestros puertos; hubimos de invadir el vecino Portugal sin fruto alguno, y perdimos dos posesiones tan importantes como la Habana y Manila, donde los vencedores pudieron saciar su ambición de riqueza y gloria.

La paz concluida en 1763 entre los Borbones é Inglaterra nos restituyó las anteriores conquistas á trueque de ceder la Florida, la bahía de Panzacola y ciertos derechos exigidos por el inglés que dieron despues motivo á contestaciones desagradables. Los que habian manifestado inquietudes por lo futuro, los descontentos y los que codiciaban algun aplauso por el acierto en sus pronósticos, comenzaron nuevamente á sembrar especies, que si por el pronto

no influian en la tranquilidad pública, podian ocasionar mas adelante discordias y alteraciones; sin embargo de que el rey sabia neutralizar el mal efecto de todos estos contratiempos y acallar las quejas de los que los deploraban restableciendo el crédito de la nación y creando instituciones que sirviesen como de base á su futura prosperidad y engrandecimiento. Fundó la lotería á beneficio de los hospicios y otros establecimientos piadosos; sociedades patrióticas ó de amigos del país en las principales ciudades del reino para el cultivo de los estudios científicos é industriales; academias militares para la instruccion de los cadetes en Cádiz, Barcelona, Oran y Ceuta, y un colegio de artillería en Segovia que ha dado en todos tiempos oficiales sobresalientes en tan noble arma.

Continuaba á la sazón en el ministerio de Estado don Ricardo Wall, que en tiempo de Fernando VI habia sucedido en este destino á don José Carbajal, ya difunto, como hemos insinuado: el cual, ó porque realmente no aprobase la conducta política del monarca, ó porque ambicionase mayor influjo del que tenia al presente, ó en fin, por no indisponerse con los que se contemplaban agraviados, resolvió hacer dimision del ministerio. Opúsose el rey á ello; mas fueron sus instancias tantas; y tan eficaz el artificio de inflamarse aparentemente los ojos y suponerse afectado de continuos vértigos, que al cabo accedió el rey á su solicitud, dándole permiso para retirarse á Granada. Entró en su puesto el marqués de Grimaldi, genovés, antiguo embajador de nuestra corte en la de Francia, y muy protegido del marqués de la Ensenada en otro tiempo. De ambos se dice que renovando la pasada amistad, proyectaron derribar á Esquilache; mas que no pudiendo lograrlo, así por el afecto que el rey le tenia, como por el crédito de que gozaba con algunos de los cortesanos, hubieron de renunciar á su propósito hasta ocasionar mas oportuna. Con esto eran ya dos extranjeros los que al lado del monarca entendian en la direccion de los negocios.

Los debates ocurridos por entonces con motivo de la restitucion de la colonia del Sacramento á los portugueses, y la inesperada cesion que hizo de ella el año 65 el ministro Grimaldi, así como los disturbios movidos en Méjico á causa de la alteracion del sistema de impuestos en América, comenzaron á atizar el fuego que ocultaemente se alimentaba. La explosion sin embargo no se verificó hasta el siguiente año.

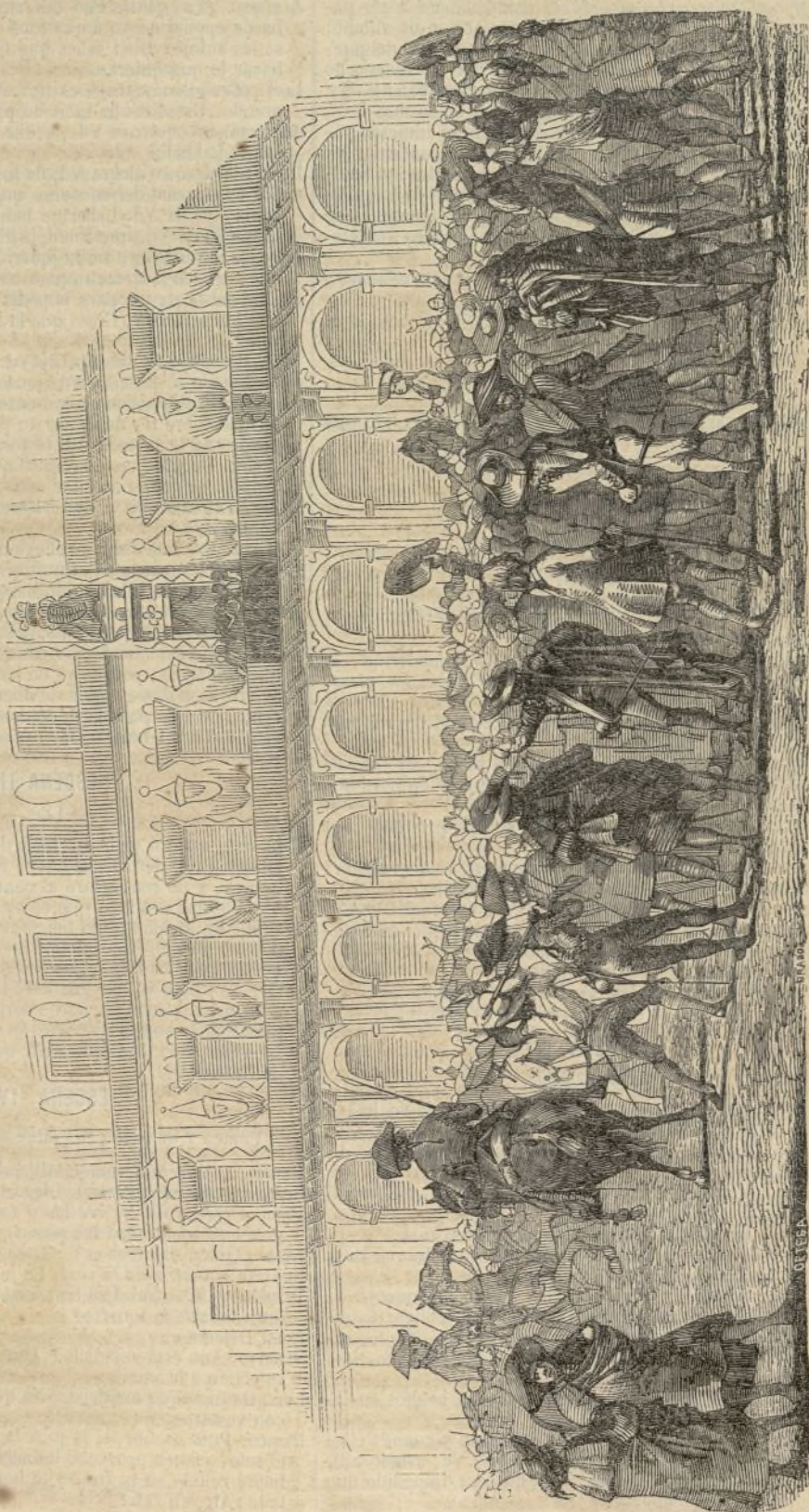
Era el pueblo de Madrid honrado y pundonoroso, amante de su rey, como lo habian sido sus abuelos, celoso observador de sus costumbres, y enemigo por consiguiente de todo el que intentára cercenar la libertad que miraba como vinculada en ellas. Su natural franqueza y docilidad contribuian al pacífico carácter que forma una de sus principales alabanzas; pero en vengar los agravios y defender su honor cuando se creia ultrajado, mostrábase resuelto y valiente, á veces soberbio y cruel en demasia. El marqués de Esquilache desempeñaba ahora los ministerios de Hacienda y Guerra, y estaba encargado ademas del ramo de industria pública, policia de la corte y todos los pertenecientes al régimen interior. Habia hecho en estos últimos reformas muy útiles y acertadas, tales como el alumbrado y limpieza de las calles de Madrid, que no pudieron menos de elogiar todas las personas sensatas é ilustradas; mas por otra parte, y casi al propio tiempo, concedió un privilegio de monopolio para el abasto, que encareciendo el precio de los comestibles, fué muy mal recibido de las clases menesterosas. Pagóse sin duda únicamente de los aplausos, y viendo cuánto disgustaban al rey muchos de nuestros usos, resolvió llevar adelante el espíritu innovador, tratando de acomodar el traje nacional á la moda de otras partes y al gusto de sus ideas. No sabia cuánto arriesgaba en semejante determinacion, ni conocia que la animosidad de sus contrarios tomara este pretexto para derribarle.

El traje del pueblo madrileño á la sazón se componia de chaqueta larga, chupa, calzon y media de lana ó hilo, zapato sin hebilla en lo general, el pelo atado, ó sujeto mas bien con redecilla ó cofia, sombrero redondo, comunmente llamado gacho, y capa larga que bajaba hasta los talones. Contra esta y el sombrero tenia especialmente Esquilache una aversion irresistible; á la verdad daban á la persona aspecto poco garboso, pues un hombre envuelto en la capa y con el gacho metido hasta las cejas apenas conservaria similitud de forma humana; mas las prescripciones relativas á los trajes siempre llevan en sí alguna cosa

de ridículo, á no ser que con ellas se traten de enmendar vicios ó abusos perjudiciales. Apareció, pues, el 11 de marzo de 1766 un real decreto espedido en el Pardo, por el cual prohibía S. M. el uso de sombrero redondo y capa larga, el gorro y la redecilla en paseo público, y mandaba al propio tiempo que se llevase sombrero de tres picos y cabriolé ó capingot, y en caso de gastar capa que no llegase al suelo con una cuarta. Los infractores eran multados con seis y doce ducados, y con pena de destierro si reincidían por segunda vez.

Enterarse la plebe del bando y prorumpir en imprecaciones y denuestos parecían cosas muy naturales; pero fijar al punto un pasquin en la puerta de Guadalajara con terribles amenazas al ministro, arrancarlo inmediatamente la justicia, obstinarse el paisanage en vestir como antes y los alguaciles en coger gente, llevarlos á la cárcel, sacar multas y recortar las capas que no estaban arregladas á la medida propuesta, eran anagos de otro golpe futuro mas ruidoso y formidable.

Con efecto el pueblo tomó ya la resistencia por punto de honra, y llegó su resolución hasta el extremo de formar unas ordenanzas con fecha 12 de marzo en que se establecía la insurrección como una ley, y se prelijaban las bases con que debía llevarse á cabo. Es este documento tan peregrino, que no resistiríamos á la tentación de trasladarlo aquí, si no fuese ya bastante conocido, y los límites de este escrito lo consintieran. Las personas que componían el partido insurgente tomaban el nombre de *cuerpo erigido por el amor español en defensa de la patria*; su divisa era la ley divina, el rey don Carlos III y el bien de la patria; sus fines abolir y quitar ciertos sujetos perjudiciales á la monarquía. Fijábase la señal que debía preceder al levantamiento; aconsejábase los medios conciliatorios, y si estos no bastaban, se



Los amotinados en la plaza Mayor.

permitía usar desde los mas suaves hasta los mas ásperos y violentos; se prescribía el secreto bajo juramento, prometiendo, caso de que los contrarios encarcelasen á alguno, mantener sus hijos, mujer, madre y demas familia, *para que el temor no los acobardase*; condenábase á ser pasado por las armas al que cometiese una accion de villano; se ordenaba que si el rey no accediese á los ruegos del pueblo y tuviese éste que hacer la justicia por su mano, no quedase vida alguna de los traidores que aconsejaban á S. M.; que á ningun otro vecino se le perjudicase en lo mas leve, y se abonaran los daños que necesariamente se hiciesen para excitacion de los ánimos, prohibiéndose continuar en aquel cuerpo á todo el que cometiese escándalos; y finalmente, se mandaba pedir la cabeza del marqués de Esquilache, y en caso de ser cómplice suyo, la del marqués de Grimaldi. Principios eran estos que mostraban bien á las claras lo que se seguiría.

(Continuará.)

CAYETANO ROSELL.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Hartzenbusch.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primero.

ESCENA I.

D. ALFONSO y D. VICENTE, jugando al ajedrez.

VICENTE. Adelanto el caballo.

ALFONSO. Mala jugada para mí: no puedo defenderme, es golpe de mate. Vamos al desquite. *(Colocan las piezas para principiar juego)*.

VICENTE. Si continúa Vd. jugando tan distraído, va á perder todas las partidas.

ALFONSO. Verdad es que no estoy en el juego. No ceso de pensar en el chico, porque hace un cuarto de hora que estamos de vuelta, y aun no ha venido.

VICENTE. Algun nuevo petardo que le habrán jugado sus amigos.

ALFONSO. No lo sentiré mucho, porque eso le desvanecerá mas pronto sus locas ideas de independencia.

VICENTE. Yo tambien lo espero así. Pero es preciso confesar que los tales Perico y Serapio son de la piel de Satanás, y que le han tratado inicuaamente.

ALFONSO. Me parece que sube alguien.

VICENTE. Sí, él es: en las pisadas le he conocido.

ALFONSO. Volvamos al juego para hacer la deshecha.

ESCENA II.

LUIS.—Dichos.

ALFONSO. ¿Qué es esto, Luisito? ¿tan pronto de vuelta!

LUIS. ¡Ojalá no hubiera salido!

ALFONSO. *(Riendo)*. Verdad es que vienes aseado. Mírele Vd., don Vicente.

ALFONSO. ¿Y qué tal? ¿has disfrutado bien de tu libertad? ¿te has divertido mucho?

LUIS. ¡Sí, divertirme! En mi vida he rabiado mas.

ALFONSO. Lo dices de todo corazon. ¡Pobre hombre! Pues ¿qué te ha pasado?

LUIS. Que Serapio y Perico se han valido malamente de que pueden mas que yo; me han querido obligar á hacer mil diabluras, y porque yo me he negado á ello, sobre haberme hecho burla cuanto les dió la gana, me han aporreado.

VICENTE. ¡Para que se vea lo que son muchachos en libertad!

LUIS. De modo que estoy echando venablos; y cuando ellos no me la paguen.... No, como hubiese Vd. estado allí, Vd. me hubiera defendido, Vd. hubiera impedido que me pusiesen la mano.

ALFONSO. En eso te equivocas, Luisito: yo te hubiera dejado componerte como pudieras.

LUIS. ¡Pues qué! ¿no me hubiera Vd. socorrido? ¿no me hubiera Vd. ayudado contra ellos?

ALFONSO. Ya sabes que yo nunca me meto en lo que no me va ni me viene.

LUIS. Y si vinieran aquí ¿no les reñiría Vd. de firme por sus iniquidades?

ALFONSO. ¿Yo? ¿Pues qué me han hecho á mí? ¿Por qué he de oponerme yo á que esos caballeritos hagan lo que se les antoje? Bien sabes que todos deben ser libres de hacer lo que quieran.

LUIS. *(Con viveza)*. Esto es una engañifa. Ahora lo comprendo. Usted los ha incitado para que me hagan rabiar.

ALFONSO. Se equivoca Vd., señor mio; que yo ni siquiera les lle hablado.

LUIS. Sí; pero se alegra Vd. de lo que me han hecho. Si es por castigarme del convenio que Vd. ha aparentado que hacia, podía Vd. haberme hablado claro; que yo no le he pedido á Vd. que me deje libre.

ALFONSO. Luisito, yo no he querido castigarte, ni hay de qué, ni tengo derecho para hacerlo; pero por ventura ¿me asiste alguno para impedir á tus amigos el hacer lo que les parezca? ¿Crees que la libertad ha de ser para tí solo?

LUIS. Pero yo soy su hijo de Vd.; y en otra ocasion, de otro modo se hubiera Vd. portado.

ALFONSO. Si tal, porque como antes tenía una completa autoridad sobre tí, debía ser tu protector; ahora que dependes de tí mismo, á tí te toca defenderte.

VICENTE. Luisito, cuando no se quiere depender de nadie, á nadie se debe necesitar.

LUIS. ¿Tambien Vd., don Vicente, tambien Vd. se pone contra mí?

VICENTE. Era una simple reflexion.

LUIS. Papá, segun eso, si quisieran matarme, ¿Vd. lo vería cruzado de brazos, sin dárselo un pito?

ALFONSO. *(Sonriéndose)*. ¡Oh! no, no creo que mi reserva llegase hasta ahí; sin embargo, yo lo pensaré, porque aun no he examinado ese caso. Pero, amiguito, no hay que culparme; porque yo no habia visto nunca hijos que se creyesen dispensados de obedecer á su padre. D. Vicente, nuestra partida de ajedrez se ha acabado: conque vámonos á mi habitacion. *(Vánse don Alfonso y don Vicente)*.

ESCENA III.

LUIS.

Está visto que mi padre se mofa de mí, y que don Vicente le ayuda.... pero no le hace, yo les mostraré que tengo humos, y no renunciaré al convenio. Si.... Pero ¡vaya una libertad graciosa que es esta! y lo que es el estreno se me ha lucido! Si no tengo á nadie que me proteja, todos me pueden hacer daño. Como que principio á creer que la autoridad de los padres sobre los hijos es necesaria. Ya; pero yo me guardaré muy bien de confesárselo á mi papá. ¡Buen bochorno sería para mí! ¿Y si lo supieran mis camaradas? ¡No es cosa cómo me pondrían! No señor, no: primero mártir que confesor. ¡Estoy aviado! *(Siéntase)*.

ESCENA IV.

PERICO y SERAPIO *(que salen de puntillas)*.—LUIS.PERICO. *(Aparte á Serapio)*. Allí está.SERAPIO. *(Aparte á Perico)*. Llega tú.PERICO. *(Llega sin ser sentido á Luis, que está de espaldas, y le tapa los ojos con las manos)*.

LUIS. ¿Quién diantres es?

SERAPIO. *(Ahuecando la voz)*. La justicia.

PERICO. ¡Ah, ah, ah! Se ha asustado. Luisillo, hombre, ¿te dura todavía la murria?

LUIS. Déjame en paz.

SERAPIO. Aun está enfadado. ¡Qué pollino eres! Esas cosas se echan á broma.

LUIS. Os digo que me dejéis. No quiero tener nada que ver con vosotros.

PERICO. Pues, señor, si le pica la mosca, que se la rasque él solo, y buen provecho le haga. Al cabo será porque le habrá reñido su padre, y le habrá embargado su libertad. ¡Ah, ah, ah!

LUIS. No hay tal cosa; mi padre no me ha reñido, y yo puedo hacer todo lo que quiera.

SERAPIO. A otro con ese cuento; que por aquí no pasa. Mira tú que colorados tiene los ojos.

LUIS. Me parece que no me habeis cogido nunca en mentira.

PERICO. ¿Quieres que te creamos? Juega con nosotros.

LUIS. Si es preciso para convenceros, corriente, yo jugaré.

SERAPIO. ¿Y en qué nos hemos de entretener?

PERICO. ¡Calla! Ese gato se está aquí durmiendo, repantigado en una silla, sin hacerse el cargo de que nosotros estamos en pie.

LUIS. Y es el de la vecina del cuarto segundo.

PERICO. ¿De doña Eduvigis? ¿Esa vieja gruñona que nos bautiza así que nos oye chillar en el corredor?

SERAPIO. ¿Esa tia sin gustos que se ha ido á quejar á mis padres, y me han dado por ella una zurra? Que pague el gato las que nos ha hecho su ama. *(Le sujeta)*.

LUIS. ¡Pobre animal! ¿Qué culpa tiene él de eso? Eh, no le hagais daño.

PERICO. No nos la vengas á echar de misericordioso. Ni yo trato mas que de atarle unas carretillas al rabo.

SERAPIO. ¡Famosa idea! Pónselas, que yo le tengo.

LUIS. ¡Qué susto se va á llevar el pobre! y qué enfado para su ama!

PERICO. Lo que yo siento es que no estará aquí para verlo, porque ahora quedaba en la zapatería de mas abajo. *(Perico saca del bolsillo á su tiempo un ovillo de cuerda y un cortaplumas, corta un pedazo y ata con él al gato las carretillas á la cola)*.

SERAPIO. Estate quieto, pichon: si esto no es nada: es para darte una leccion de volatineria.

LUIS. ¿Y dónde vais á soltarle?

PERICO. ¿Dónde? En ese patio: ahí le podremos ver saltar mas á gusto; y como es cerrado, no encontrará salida.

LUIS. ¿Vais á arrojarle al patio? Le vais á matar.

SERAPIO. Le podemos descolgar en un sombrero.

LUIS. No toméis aquel, que es de don Vicente.

PERICO. Auto en favor: ya que tantas veces nos ha fastidiado ese tio Regaña, sirva para nuestra diversion una prenda suya. La cuerda de mi cometa nos viene de perilla para todo.

SERAPIO. ¡Qué! ¿se quiere Vd. escapar, amiguito?

PERICO. Ya está atada la cuerda al sombrero.

SERAPIO. Yo tengo yesca y fósforos: toma.

LUIS. Prende la mecha de modo que no empiecen á estallar las carretillas antes que el gato baje.

SERAPIO. Ea, al patio con él.

LUIS. Dejádmele bajar á mí, porque me temo que vosotros le vais á estrellar.

PERICO. Bien, descuélgale á tu gusto. ¡Qué rato vamos á tener!

LUIS. El pobre bicho no sabe lo que le pasa.

PERICO. Despues será la fiesta. Ya saltó al patio. Recoge el el sombrero. Principiase la funcion: banderillas de fuego.

SERAPIO. *(Asomado á la ventana)*. Por mas vueltas que des, no tienes escapatoria. Primera descarga: bien. ¡Anda, cómo brinca!

PERICO. ¡Otra! ¡Ah, ah, ah! ¡Qué remolino hace! no se le ve, de listo que da las vueltas.

LOS TRES. ¡Ah, ah, ah!

PERICO. ¡Voto á sanes! se ha metido por una gatera en el almacen de aguardiente.

SERAPIO. Y aun faltaban que disparar dos ó tres carretillas.

PERICO. Se acabó la diversion. *(Remedando al gato)*. Miau, miau. ¡Si doña Eduvigis lo hubiera visto!

SERAPIO. Entonces nos echa encima, no digo yo agua, sino aceite hirviendo.

LUIS. ¿Qué ruido es ese que suena en el almacen?

VOCES DENTRO. ¡Fuego, fuego!

SERAPIO. Fuego dicen.

LUIS. ¿Si habrá prendido el fuego el maldito del gato?

PERICO. Pues en el portal suena bulla tambien. Disputan con el portero..... Sube gente: ¿oís los pasos?

SERAPIO. Sálvese el que pueda.

VOCES. ¡Fuego, fuego! ¡Socorro, vecinos!

(Perico y Serapio huyen: Luis se asoma un momento á la ventana, y cuando quiere huir tambien, es detenido).

ESCENA V.

UNA VIEJA, UN TENDERO, VECINOS. — LUIS.

VECINOS. Él es, él es.

TENDERO. De aquí es de donde ha salido el animal; mi medidor lo ha visto.

VIEJA. Tenga Vd. cuenta de que ese allaja no se nos escape.

TENDERO. *(Cogiendo á Luis de un brazo)*. ¿Con que Vd. es, seo pillo, el que ha dado lugar á que se me ardan cincuenta arrobas de aguardiente y se me quiebren cien botellas de licores?

VIEJA. *(Cogiendo á Luis del otro brazo)*. ¿Con que Vd. es, seo trasto, el que ha puesto carretillas á mi micho, dando lugar á que se haya ahogado en una tinaja de aguardiente?

TENDERO. Yo le enseñaré á Vd. á que no vuelva á asustar la vecindad, pegando fuego á la tienda de un hombre honrado.

VIEJA. Nosotros le enseñaremos á respetar hasta los ratones de los vecinos.

LUIS. Pero, señores, ¿qué es lo que he hecho yo?

TENDERO. ¡Qué es lo que ha hecho! ¿Se dará igual desvergüenza? Ya, ya le diremos á Vd. lo que ha sido.

VIEJA. Y de modo que no lo olvide tan pronto.

TENDERO. Esto es una picardía.

VIEJA. Es una infamia.

TENDERO. Pero me ha de pagar el perjuicio el doble de su valor.

VIEJA. Y á mí me ha de abonar mi gato á peso de oro, como me llamo Eduvigis.

VECINOS. Bien hecho, si señor: así, así.

TENDERO. Y si al momento no me satisface, voy á llamar la guardia de ahí cerca.

VIEJA. Si no me da un doblon por mi gato, voy á dar parte al señor juez.

TENDERO. Veremos si hay justicia en Madrid.

VIEJA. Veremos si se permite que le maten á una pobre muger los objetos de su cariño.

TENDERO. A fé de Longinos Cambronerías, que me las ha de pagar. ¿Dónde está don Alfonso? Yo tengo que hablar con don Alfonso.

ESCENA VI.

D. ALFONSO. — Dichos.

ALFONSO. Aquí está: ¿qué me quiere Vd.?

TENDERO. Que me satisfaga los estragos que su hijito de Vd. acaba de hacer en mi casa.

VIEJA. Y que me indemnice de la pérdida de mi pobre minino, que valia un dínal.

TENDERO. Ya sabe Vd. que me llamo Longinos y que ocupo el almacen de abajo. Estaba acabando de llenar una tinaja de aguardiente..... mientras subia del sótano un barril, entra en la trastienda un gato furioso, zámpace en la tinaja que estaba descubierta, suena el estallido de una carretilla, empieza á arder el aguardiente, se agarran las llamas á la anaquelaría, y rebientan con el calor en un momento todos los licores que tenia embotellados. Esa habilidad ha hecho su hijo de Vd., que es el que ha descolgado al patio el gato de la vecina con una porcion de carretillas atadas á la cola.

ALFONSO. Señor Longinos, mucho siento lo que le ha sucedido á Vd., pero nada puedo hacer en ello; si efectivamente mi hijo es el que ha hecho ese estropicio, arreglese Vd. con él; conmigo no va nada.

TENDERO. Pues es menester que vaya: sino ¿quién me ha de pagar?

ALFONSO. Señor, yo no lo sé; pero si mi hijo lo ha hecho, ha sido sin noticia mia, sin que yo haya tenido la menor parte. Yo no respondo de sus acciones.—Bien conoces que esto es justo, Luisito, y que yo no puedo responder de lo que tú hagas, no teniendo medio alguno para sujetarte á mi voluntad.

TENDERO. Pues Vd. tiene que venir conmigo ante el juez del cuartel.

ALFONSO. Quien tendrá que ir no soy yo; será mi hijo.

TENDERO. Es que tal vez su hijo de Vd. dormirá esta noche en la cárcel: se lo prevengo á Vd.

ALFONSO. Lo sentiré mucho; pero yo no lo puedo remediar.

TENDERO. Pues conmigo no juega nadie: á la cárcel, al Saladero. Muchacho, ve y llama la guardia.

VIEJA. Ya vienen los soldados aquí por haber oido las voces de fuego.

LUIS. Papá, por Dios, no permita Vd. que me prendan los soldados: compadézcase Vd. de mí; no me deje Vd. llevar á la cárcel.

ALFONSO. Pero, hijo, ¿qué derecho tengo yo para impedirlo, ni qué motivo tampoco? ¿No renunciaste á mi proteccion?

Luis. ¡Oh! vuélvame la Vd., y le obedeceré y haré todo lo que Vd. quiera.

ALFONSO. ¿Me lo prometes? ¿Deseas verdaderamente que recobre yo mi autoridad?

Luis. Sí, si señor: castígueme Vd. como quiera, con tal que no vaya preso.

ALFONSO. Siendo así, señor Longinos, yo soy el que debo pagar á Vd. Pero para eso no creo que haya necesidad de recurrir al juez. Puede Vd. retirarse tranquilo: se tasaré el daño, y le pagaré en el día. (*A la vieja*). Lo mismo la digo á Vd.

VIEJA. Entonces....

TENDERO. Entonces se acabó: yo reclamo, Vd. satisface: pleito concluido. (*Vanse la Vieja, el Tenedor y los vecinos*).

ESCENA VII.

D. ALFONSO, LUIS: luego D. VICENTE, SERAPIO y PERICO.

ALFONSO. ¿Y dónde están tus camaradas, Luisito?

VICENTE. Aquí se los traigo á Vd. Allí en la guardilla los he encontrado agazapados en un rincón, llenos de polvo y telarañas, y temblando como la hoja en el árbol.

ALFONSO. ¡Muy bien, caballeritos! ¿Con que después de haber instigado á Luis á quebrantar todos sus deberes, le han abandonado Vds. en el momento del peligro? ¡Bizarro modo de portarse! Mucho tiempo hace que yo notaba que los malos ejemplos y peores consejos de Vds. me echaban á perder mi hijo: hoy he adquirido una completa certeza de ello. Y como Luisito ha vuelto ahora á entrar bajo mi autoridad, deseo (y lo prevendré á sus padres de Vds.) que no tenga con Vds. trato ninguno, hasta que no hayan mudado de conducta. Pueden Vds. retirarse. (*Vanse Perico y Serapio*).

Luis. ¡Oh querido papá! Sirvase Vd. de perdonarme.

ALFONSO. No, yo nada te tengo que perdonar. Bien sabia yo al darte esa libertad que abusarias de ella, y que dejándote seguir tu capricho, te esponías á cometer faltas: por eso debes conocer la necesidad de obedecerme.

Luis. ¿Y Vd., mi querido ayo, me volverá su amistad?

VICENTE. Usted nunca la ha perdido, amado Luis; pero se aumentará, si cabe, puesto que se halla Vd. determinado á corregirse.

Luis. Cuente Vd. con ello: yo le obedeceré en todo, me aplicaré mucho, y me guardaré de replicar á nadie.

ALFONSO. Harás muy bien, porque á nadie tendrá mas cuenta que á tí. Ahora, hijo mío, bien comprenderás que los padres pueden tener derecho para estorbar los desaciertos de sus hijos, una vez que los pagan. Y no solamente deben dar cuenta á la sociedad de los verros de sus hijos; la deben muy estrecha á Dios, que se los ha confiado para que los crien, los instruyan, y los hagan hombres de bien.

FIN.

LA VELADA DEL HELECHO.

6

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

(Conclusion).

Era tan grande el vacío que dejaba el baron en aquella rústica sociedad, encantada con su presencia, que no fué posible reanimar los espíritus, y á la primera campanada de las doce todos se apresuraron á separarse, los mas para ir á dormir tranquilamente, descansando de los placeres de la velada; algunos para pensar en ellos, y la hermosa Ida para contar hora tras hora en fatigante insomnio, pues se hallaba enteramente perturbada por la inexplicable conducta de su amante en los últimos momentos que habia pasado junto á ella. ¿Qué origen pudo haber tenido la profunda preocupacion en que cayó el jóven, haciéndose sordo é insensible á la voz que hasta entonces ejerció siempre tan gran poder en su alma? ¿Por qué se habia alejado Késsman despreciando una hora mas que podia pasar junto

á su amada? ¿Se habria enojado contra ella? ¿Estaria realmente celoso del baron? Pero de todos modos ¿qué significaba aquella salida súbita y desordenada? ¿Adónde habia ido?

La pobre Ida no podia adivinarlo, por mas que martirizase su pensamiento en aquella noche de vigilia, mas yo me apresuraré á sacar de iguales dudas á los amabilísimos lectores, que se dignen dispensar al héroe de mi historia sus lisongeras simpatías, haciéndoles saber dónde se encuentra Késsman, en tanto que vela pensando en él su interesante Ida.

Oscura por demás estaba la noche en el momento en que abandonó el page la casa de Juan Bautista. Solo le alumbraban de cuando en cuando los relámpagos, que, como fugaces serpientes de fuego, se tendían y desaparecían instantáneamente sobre las montañas. Algunas gotas de lluvia comenzaban á desprenderse de las densas nubes que envolvían al firmamento, y el viento que las movía al parecer con trabajo, dejaba oír fuertes y penetrantes bramidos, confundiendo con los rimbombantes ecos del trueno que rodaban incesantemente desde aquellas alturas.

Arnoldo respiró con avidez los soplos de la tempestad, y recibió la lluvia en su cabeza descubierta como si quisiera apagar con ella el devorante pensamiento que sentía abrasarla. Andaba de prisa, y cuando brillaba la siniestra luz de los relámpagos, volvía los ojos atrás con notable azoramiento como recelando ser seguido y acechado por algun maligno espía.

El castillo de Montsalvens, cuyas ruinas se enseñan todavía al viagero, estaba situado al declive del puntiagudo Mont-Merlan, guardando, por decirlo así, á la villa de Bruck, que se estiende á la orilla derecha del Sarine, en la confluencia de dicho rio y de los torrentes de Jogne y de Treme; pero no era esta la direccion que tomaba Arnoldo Késsman. Encaminábase hácia al S. E. del Moleson, y al cabo de media hora de marcha se encontró á la entrada de un sendero sombrío, del cual se oía salir la amenazante voz de un torrente sobresaliendo aun entre los bramidos de la tempestad. Detúvose allí el mancebo: gruesas gotas de sudor se mezclaban en su frente con el agua que destilaban sus empapados cabellos, y si alguna vista humana hubiera podido contemplar en medio de las tinieblas la mortal palidez que le cubría, su mirar estraviado, sus rodillas trémulas, y la espresion de cruel vacilacion que se pintaba en todas sus facciones, hubiera creído sin duda hallarse presenciando los últimos esfuerzos de la razon y del instinto contra el atroz pensamiento del suicidio. Sin embargo, Arnoldo no iba á buscar la muerte; sin que nos atrevamos á decir por esto que era menos culpable y horrorosa la idea que se albergaba en su alma. ¡Tenia delante de sus ojos el camino de Evi!

Todavía existe allí, tal cual estaba en la época de que hablamos, aquella ruta abierta en peña viva, y encajonada, digámoslo así, en los bordes de un hondo precipicio en cuyo fondo mugen incesantemente aprisionado entre murallas de piedras que apenas dejan paso á la luz del día, un espumoso torrente. Los ganados que tienen sus pastos hácia aquella parte del Moleson toman por lo comun aquel sendero, pero los pastores no dejan entrar sus reses sino de dos en dos, ó de tres en tres, y el cura del lugar, con el hisopo en la mano, los espera allí para bendecirlos antes de que penetren en aquella especie de abismo.

Nadie empero se hallaba allí en tan tempestuosa noche para dar una bendicion al desdichado huérfano, que dominado casi á su pesar por sus ideas religiosas, mas empujado por la irresistible fuerza de una pasion delirante, se adelantaba y retrocedia repetidas veces delante de aquella entrada tenebrosa que bien podia representar una de las bocas del infierno. De repente se le ocurrió que mientras perdía el tiempo en cobardes vacilaciones acaso estaba á punto de sonar la hora solemne de la media noche... un vértigo inexplicable se apoderó entonces de su turbada cabeza; pensó que llegaban hasta su oído las palabras que la vieja Margarita habia dirigido un siglo antes á aquel otro amante tan desesperado como él. — ¡Tened valor! y desatentado, loco, con el cabello herizado y las trémulas manos estendidas hácia adelante, se precipitó entre las tinieblas por la angosta garganta del precipicio.

Los campanarios de Neirivue y de Albenve, villas cercanas á aquel lugar, daban en el mismo momento las doce. ¡Aquella era la hora precisa de la aparicion del diablo!

El ruido de las pisadas de Késsman habia cesado de per-

cibirse ya, y sin embargo, á la pálida luz del relámpago se hubiera podido descubrir una figura siniestra que se adelantaba evidentemente á la entrada de la gruta.

IV.

Era el 27 de junio: habían transcurrido tres días desde la noche de la velada y Arnolfo Késsman no había vuelto á aparecer por la casa de su querida. No era ciertamente la primera vez que pasase tanto tiempo, y aun otro más dilatado sin verse nuestros jóvenes; pues distaba cerca de tres leguas el castillo de Montsalvens, y no siempre alcanzaba permiso el page para ir á pasearse á Neirivue, ni tenía proporción de escaparse sin que se notase su ausencia. Nunca, empero, había sido tan alarmante y dolorosa para Ida la separación de su amante como lo era la vez á que nos referimos: la doncella que no podía explicarse á sí misma satisfactoriamente la conducta de aquel en las últimas horas de la velada, ansiaba ocasión de hablarle, y después de pasar tres largos días en inútil expectativa, resolvió hacer ella alguna diligencia para encontrar á aquel que parecía olvidarla. Era domingo y tales días, en la buena estación, solían las zagalas subir al Moleson en las primeras horas de la mañana para correr y bailar á sus anchuras aprovechando la festividad. Arnolfo había asistido algunas veces á aquellas reuniones matutinas, y no dejaba Ida de tomar parte en ellas siempre que Juan Bautista se hallaba favorablemente dispuesto en el instante de pedirle su permiso. Por fortuna sucedió así el día 27 de junio, y la joven, que no había dormido mucho la noche anterior, saltó del lecho á los primeros gorgoros de las aves que saludaban al alba, y vistiéndose con ligereza corrió á juntarse á la lozana tropa juvenil que iba á emprender la subida al campés de los tamboriles y zampañas.

Estaba alegre y fresca la madrugada, y las muchachas gozosas y juguetonas como los pájaros que saltaban triando entre las ramas de los árboles, y como los corderos y terneros que triscaban subiendo por las hervosas faldas de la montaña; pero nada alcanzaba á distraer á nuestra heroína de sus amorosas inquietudes, y en medio del regocijo de la naturaleza parecía presentir su corazón que aquel día que comenzaba tan sereno y tan puro, sería origen para ella de graves é inesperados sucesos.

El Moleson, elevado 1997 metros sobre el nivel del mar, notable por su forma pintoresca, por sus riquísimos pastos y por las plantas útiles y raras que abundan en él, es además uno de los puntos de mas hermosas vistas que pueden gozarse en aquella parte de la Suiza. No lejos de su cúspide se eleva también la del Jomman, desde la cual exclamaba transportado el célebre autor del *Childe-Harold*: «¡Esto es hermoso como la ilusión de un sueño!» En efecto, así en aquella altura como en la del Moleson admira embelesado el viajero uno de los cuadros mas grandiosos que puede presentar la naturaleza. La vista se estiende por todo el rico territorio de Friburgo, contempla el de Vaud encajonado entre elevadas cumbres; recorre gran parte del de Berna, Soleure y Neuchatel, con su borrascoso lago; alcanza las amenas orillas del Morat, y siguiendo la inmensa cordillera del Jura, penetra en el Canton de Basilea; descubre la Saboya y el bajo Valais, y se pierde en el magnífico anfiteatro de los Alpes.

Las vacadas y rebaños de las cercanías cubrían las pendientes de la montaña, y mientras los pastores que las custodiaban se reunían á las jóvenes y preparaban sentados en la yerba un desayuno frugal, Ida de pie en lo mas elevado de la cima tendía á un lado y á otro sus afanosas miradas, indiferentes sin embargo, al soberbio espectáculo que se ofrecía ante ellas. ¡Arnolfo no estaba allí! ¡Arnolfo no aparecía por ninguna de las subidas del monte!

Ida, para quien ningún atractivo tenía ya aquella fiesta campestre, se escabulló sin ser notada en el instante en que se disponía una contradanza, y comenzó á bajar sola y triste por el sendero mas corto. Insensible á la fatiga y á los ardores del sol no hizo la menor parada durante el camino, y apenas podían ser la once de la mañana cuando se encontró otra vez á la puerta de su casa. Un grito de jubilosa sorpresa se escapó al punto de su pecho: ¡Arnolfo la aguardaba en los umbrales! Hasta aquel momento no había sentido su cansancio la preocupada joven: en-

tonces no pudo resistir á este y á su emoción, y cayó casi desfallecida en los brazos de su amante. Arnolfo la estrechaba apasionadamente sobre su corazón; pero no articulaba palabra, y era tan singular la expresión de su rostro que ni el observador mas hábil hubiera podido decidir si indicaban satisfacción ó enojo, placer ó dolor, esperanza ó pavor.

—¡Cuánto he deseado veros! dijo por último la doncella. Dadme el brazo Arnolfo, y entremos en mi casa: necesito sentarme: apenas puedo tenerme. He subido y bajado la montaña en busca vuestra, y aunque estoy acostumbrada á largas caminatas, y el gozo que siento ahora me hace dulce la fatiga, con todo, me encuentro verdaderamente rendida. ¿Qué os habeis hecho? prosiguió con ternura, mientras subía apoyada en el mancebo la empinada escalera de su morada. ¿Os ha sido imposible hasta ahora alcanzar permiso del conde para venir á Neirivue?

—De hoy en adelante, respondió Arnolfo, no será menester licencia de nadie para veros! He dejado el servicio del señor de Montsalvens.

—¿Habeis sido despedido, Késsman?

—No, Ida, me he despedido yo: ¿soy acaso siervo del conde? ¿No está á mi arbitrio servir á quien me acomode?

—Pareceis muy alterado, amigo mio: ¿habreis recibido algun injusto castigo? ¿alguna afrenta? ¿Tuvisteis la desgracia de irritar á vuestro señor?

—No: le he dicho simplemente que no me convenia permanecer mas tiempo á su servicio porque iba á casarme.

—¡A casaros!

—De eso queria hablaros.

—¡Arnolfo! temo que no esté muy en caja vuestra cabeza. Estais demudado, y luego, decís unas cosas!

El ex-page pasó sus manos por su frente y sus cabellos cual si quisiera borrar todas las señales de la estraña turbación que leia la doncella en su semblante, y dijo luego con acento mas tranquilo.

—Sí, Ida: espero obtener vuestra mano y quisiera hablar hoy mismo á vuestro padre. ¿Sabeis dónde se halla?

—Miradlo venir hacia aquí; pero qué pensais decirle, Késsman? ¿No estais persuadido vos mismo, de que jamás consentirá?

—Callad, Ida, y dejadme con él; mas no, pronunciad antes que estais pronta á ser mi muger si vuestro padre lo aprueba.

—¿Podríais dudarle? pero decidme vos en nombre del cielo, Késsman...

Antes que pudiera terminar su frase la sorprendida joven entró Juan Bautista en la estancia, y al encontrar á su hija sola con Arnolfo frunció su poblado entrecejo y aun hizo ademán de querer espresar su descontento con alguna ruda palabra, que ya acudía á sus labios, cuando adelantándose el joven le dijo resueltamente.

—En vuestra busca vengo, señor Kéller; necesito hablaros.

—¡Hacedlo pues! respondió con sequedad el ganadero, sentándose junto á una mesa en la que empezó á desenvolverse un gran paquete de pólvora que acababa de comprar.

—Debeis conocer (dijo acercándose Arnolfo, mientras Ida toda amedrentada se arrinconaba al extremo opuesto de la sala); debeis conocer, señor Kéller, que hace mas de un año que amo apasionadamente á vuestra hija, y no concibo felicidad posible si no alcanzo que me la deis por muger.

—Hum! ¿qué decís? pronunció Juan Bautista soltando su paquete y mirando al joven pasmado de su audacia. ¡Daros por muger á mi hija!

—Esa es toda mi ambición, repuso aquel, perdiendo visiblemente la serenidad con que comenzó á explicarse.

—Bien lo comprendo, dijo con maligna sonrisa el ganadero. Ida es hija única de un hombre que puede alforbrar con sus quesos todo el camino de Neirivue hasta el Moleson; pero aunque me hagais la justicia de creer que no soy ni avariento ni orgulloso, bien podríais conocer que no es posible consienta en entregar mi heredera á quien nada posee en el mundo. No es justo que Ida compre á su marido; ¿entendeis? Hay un antiguo refrán que dice: para que un casamiento sea dichoso es menester que uno de los dos lleve el almuerzo y el otro la comida.

—Eso me parece muy bien, replicó el joven; pero no presumo que exijais sea un potentado vuestro yerno.

—No, ciertamente, dijo Kéller: ni un potentado ni un

mendigo: ni mas ni menos que mi hija: pero sabed, Késsman, que el día que se case Ida, llevará por dote á su marido un *alpage* de primera clase con una *sennte* (1) de 200 vacas de las mejores del país, con la añadidura de 300 ducados de Berna (2) en buena moneda de oro.

—¿Os bastaría, dijo Arnoldo, que esa dote pudiera ser aumentada por el marido de Ida con mil piezas de oro de treinta y dos *franken*? (3)

—¿Qué duda cabe? contestó el ganadero que no sabia qué pensar de todo aquello. Os he dicho que no ambiciono por yerno un potentado, que me contento con que mi hija no caiga con su dote en manos de un descamisado: esto no lo digo por vos, Arnoldo; no trato de ofenderos en lo mas leve. Si se le presenta un partido ventajoso, y por tal estimaria al mozo que comenzase su carrera con mil piezas de oro de 32 *franken*, no solo lo aceptaria gustoso sino que hasta aumentaria la dote de la niña con 50 vacas mas.

—Pues yo venia precisamente á rogaros, señor Kéller, que me guardéis en depósito esa suma, que traigo encima y que me pesa sobrado, dijo el jóven desenvolviendo su falle de dos anchas fajas elásticas que tenian por entreteja lucientes monedas de oro, las cuales empezaron á caer sobre la mesa á medida que las sacaba su dueño de aquella especie de cárcel.

Juan Bautista con los ojos desmesuradamente abiertos y atentos los oídos al sonido del metal (pues no se fiaba del testimonio de un solo sentido) miraba sucesivamente á Arnoldo y al dinero, sin acabar de persuadirse con todo eso de que era realidad lo que pasaba á su vista.

—Aquí teneis mil piezas de 32 *franken*, dijo Késsman cuando acabó de amontonar delante del ganadero todo el oro que traía: podeis contarlas si gustais.

Hízolo así Juan Bautista mientras su interlocutor aprovechando el momento, buscó con los ojos á Ida, que alejada con lo que presenciaba desde su rincón apenas podia decir si estaba despierta ó dormida. El jóven se acercó á ella, la tomó por la mano, y el ganadero se halló con entrambos enfrente cuando concluyó la cuenta.

—Mira, Ida, mira, dijo trasportado: ¡mil piezas de oro de 32 *franken*! De Arnoldo; todo es de Arnoldo! no es así, mi guapo Késsman? vuestro esclusivamente?

—Sí, señor Kéller; esa suma me pertenece, y si ella os parece suficiente para equilibrar mi posición con la de Ida, los dos os suplicamos ahora que señaleis sin demora el día de nuestra anhelada union.

—Ningun inconveniente veo, respondió Juan Bautista; pero sabeis que no hubiera sospechado jamás fuese tan generoso el conde de Montsalvens? ¡Mil piezas de oro de 32 *franken*!... Creo ahora positivamente, mi querido Arnoldo, que era fundada, exacta la suposición que hacian en el lugar... sí, el señor de Montsalvens es vuestro padre.

—No es el conde de Montsalvens quien me ha hecho ese donativo, repuso el mancebo bajando los ojos y cambiando de color dos ó tres veces en un minuto.

—¡No ha sido el conde!... pues mirad, me alegro Arnoldo; me alegro que no debais la vida ni la fortuna á ese usurpador de los dominios agenos. Pero decidnos pronto, decidnos quién es el protector generoso...

Arnoldo le interrumpió diciendo con tanto enfado como descontento:

—Os ruego encarecidamente que no me hagais pregunta ninguna: debeis comprender que hay á veces circunstancias... circunstancias graves que exigen secreto, y...

—Estoy en todo; dijo Kéller, queriendo prestar á su ancha y moftetuda cara un aire de sutil penetración. Hay mezcladas en este negocio personas de importancia; se sabe que pertenecéis á una noble familia: todos lo dicen así, vuestros padres, ó ilustres parientes os habrán hecho ese regalo para que podais estableceros: nada mas natural;

pero en fin, cuando uno no ha nacido con autorizacion del cura párroco es menester que las cosas se hagan con cierto misterio, sobre todo tratándose de gentes encumbradas. En mi concepto, nada os perjudica, querido jóven, nada absolutamente el que seais... pues; el que vuestros padres no puedan reconoceros públicamente: no por eso dejais de ser noble y tener derecho á que miren por vos, como ya, á Dios gracias, empiezan á hacerlo. ¡Oh! yo os aseguro que debeis esperar mucho de la ternura paternal tanto tiempo reprimida. Decidme solamente...

—¡Nada! nada sobre este particular, mi amado señor Kéller, le interrumpió Arnoldo: vuelvo á suplicaros que no me hagais preguntas que me hacen padecer, porque no debo, no puedo responder á ellas. Básteos saber que ese dinero es mio, y tened la bondad de guardarlo, pues habiendo dejado para siempre el castillo de Montsalvens é ignorando aun donde he de albergarme esta noche, no quisiera tenerlo conmigo.

—Quedais desde este instante instalado en mi casa... en la vuestra, hijo mio, pues ya la debeis considerar como propia; ve, Ida, haz que la criada disponga para Arnoldo la salita verde del segundo piso.

La jóven obedeció corriendo y saltando de gozo. Las suposiciones de su padre respecto á la procedencia del súbito caudal de su amante habian parecido á Ida completamente satisfactorias, y cualesquiera que hubiesen podido ser los temores que se le ocurrieran en el primer momento de tan extraordinaria sorpresa, todos quedaron agradablemente disipados, dejando reinar absoluta la seductora idea de que nada se oponia ya á la ventura de su amor; que iba á ser en breve para ella un deber tan dulce como sagrado. Mientras tanto habia sacado Kéller de un escaparate una bolsa de piel de gamuza, en que guardó el dinero diciendo durante esta operacion á su futuro yerno, que la miraba en silencio.

—Puesto que deseais señalemos hoy el día de la boda y que os quedais en casa desde luego, creo, mi buen Arnoldo, que lo mas pronto es lo mejor, para evitar hablillas y murmuraciones del lugar. Así, pues, id vos ahora mismo á prevenir al cura, á fin de que todo se arregle con la brevedad posible, y yo por mi parte avisaré al escribano y daré parte á los amigos; pues si no lo llevais á mal celebraremos mañana el contrato y la comida de boda, y al día siguiente, ó el último del mes que cumple Ida sus diez y ocho años, se puede verificar la ceremonia nupcial.

—Me parece muy bien, respondió Késsman, y espero que me dispenseis ademas el obsequio de ser nuestro padrino.

—Sí que lo seré, hijo mio; pero ¡maldita casualidad que se haya marchado hoy al amanecer á Friburgo ese baron de Charmey! Si estuviera en su castillo él y no otro os acompañaria al altar: ¡Oh sí! es bien seguro que lo haria con mil amores. Pero no está! me lo ha dicho William esta mañana.

—Renuncio sin pena al honor de tener por padrino á ese personaje, dijo Arnoldo, que aun no habia olvidado las atenciones del joven baron hacia Ida; me agrada mas que lo seais vos, señor Kéller.

—Bien, bien, yo os lo agradezco infinito; ¡Eh! he aquí ya bien encerrado vuestro oro: voy á meterlo en mi arca y saldré al instante á cumplir mi parte de diligencias. Marchad vos á casa del cura: ya conoceis el adagio; *casamiento y caldo escaldando*. Hasta la vista, buen mozo! dadme un abrazo: ¡así! ¿vendréis á comer en familia, ¿no es verdad?

—Estaré de vuelta antes de una hora.

—Corriente; dareis conversacion á vuestra futura hasta las dos ó las tres que vuelva yo. La dejo confiada á vuestra honradez; sé que sois un excelente chico y que nada anticipareis.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUM. ANTERIOR.

Las suscripciones de medio año concluyen en este número.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, numero 26.

MADRID: imp. de A. MARRAS Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.

(1) En Suiza se da el nombre de *alpage* ó *alpe* á la estension de terreno de pasto que es propiedad de alguno, y se llama *sennte* el número de vacas que se alimenta de él. El valor de un *alpage* varia segun su estension y la calidad de su pasto.

(2) El ducado de oro de Berna equivale á poco mas de 11 francos y medio de Francia.

(3) Cada pieza de oro de 32 *franken* vale en el cambio con la moneda francesa 47 francos y 42 céntimos. Es decir, nueve duros españoles próximamente.